

“ARRAIGADOS Y EDIFICADOS EN CRISTO, FIRMES EN LA FE”.

El reconocimiento del Jesús “hijo del hombre” como “Hijo de Dios” es el núcleo de nuestra fe cristiana. Jesús es más que un profeta y más que el Mesías. Es el centro de nuestra vida. Difícilmente se sostiene la universalidad de Jesús sin la confesión de su divinidad. Reconocer a Jesús como Dios es lo que no puede enseñar la carne ni la sangre sino sólo el Espíritu de Dios, don del Señor Resucitado. Acoger a Jesús como “Señor mío y Dios mío”, al que se ofrenda la propia vida es lo propio del creyente, representado en Pedro, en la confesión de Cesarea y en Tomás, cuando se encuentra con Jesús resucitado.

El mundo católico gira estos días en torno a Benedicto XVI, rodeado de más de un millón de jóvenes en la Jornada Mundial de la Juventud de Madrid. No sólo reconfortante, gozosa y fecunda ha de ser esta Jornada, a pesar de detractores e indignados que se oponen. Están en su derecho, aunque ya se ve cuántos son frente a los demás. También ellos deben reflexionar y aceptar la democracia.

Pero la condición para que, en efecto, la JMJ tenga frutos permanentes es que el protagonista no sea el Papa sino Cristo. Como así se ha venido diciendo. Y como aparece en el Evangelio de este domingo en el que se clausura este magno evento. **Tú eres el Hijo de Dios.**

Organización, esfuerzos, recursos empleados... todo lo que se ha venido haciendo a lo largo de más de un año para llegar a estas fechas sólo adquiere sentido si ahora en el centro de los corazones, de la liturgia, de todos los actos programados está **Jesucristo.**

Que Pedro no se interponga entre Jesús y los jóvenes. Que la Iglesia sea sólo instrumento para conducir a Cristo. Sobre esta piedra, es decir, sobre la fe que Pedro confiesa (Jesús es el Hijo de Dios) crece la Iglesia.

Como ya se ha dicho, hablaremos del éxito de la JMJ cuando las miradas del Papa, de los obispos y sacerdotes, de los jóvenes y de toda la Iglesia, se dirijan, tras el encuentro con Cristo en Madrid, hacia los pobres, hacia Somalia y los países sufrientes. Esto dará legitimidad y credibilidad a la JMJ. Ahí perderían toda razón de ser las protestas de los indignados. Quizá ellos mismos se sumarían a la tarea común de reclamar y realizar justicia y solidaridad. El camino de la Iglesia está trazado por Cristo y pasa por los pobres. Sólo así estará arraigada y edificada por Cristo.

JOSÉ MARÍA YAGÜE